

EL BANQUETE PRIVADO Y EL BANQUETE COMUNAL EN EL SANTUARIO DE CANCHO ROANO

Comunal and private banquet at Cancho Roano Sanctuary

SEBASTIÁN CELESTINO PÉREZ* y ANA CABRERA DÍEZ**

RESUMEN Las recientes excavaciones en el yacimiento de Cancho Roano han puesto al descubierto un foso perimetral que rodeaba el edificio y en el que se acumulaban gran cantidad de restos óseos y cerámicos. El análisis de estos restos permite deducir la celebración de un banquete comunitario durante los últimos momentos de vida del complejo, de características similares a los que se conocen en otros lugares de la Península Ibérica y de la Europa Central. En oposición, la presencia en el interior del edificio de utensilios de banquete de uso más restringido como asadores u objetos relacionados con la manipulación del vino hablan de otro tipo de prácticas de comensalidad más privada que también estarían documentadas en el yacimiento.

Palabras clave: Cancho Roano, foso, banquete comunitario, utensilios, banquete privado.

ABSTRACT In recent fieldworks carried out at the archaeological site of Cancho Roano, a boundary pit full-up with a big amount of animal bones and pottery have been discovered surrounding the building. The analysis of these remains allow us to infer the celebration of a communal banquet during the last moments of occupation of the complex, similar to those well-know in other sites of the Iberian Peninsula and Central Europe. In opposition, the presence of banquet tools with a more restricted use such as spits or tools related to the manoeuvring of wine inside the building, implies another kind of commensality practices with a exclusively private character.

Key words: Cancho Roano site, pit, tools, communal banquet, private banquet.

* Instituto de Arqueología-Mérida. CSIC. scelestino@iam.csic.es

** Departamento de Prehistoria UCM. anacabre@ghis.ucm.es

Fecha de recepción: 13-05-2008. Fecha de aceptación: 15-09-2008.

En el año 2001 finalizaron los trabajos arqueológicos en el yacimiento de Cancho Roano después de veinticinco campañas de excavación. Si los primeros años, entre 1978 y 1985, los trabajos dirigidos por Maluquer se centraron en el edificio principal del complejo monumental (Maluquer, 1981, 1983; Maluquer *et al.*, 1987), una segunda fase, que abarcó desde 1986 hasta 1995, estuvo destinada principalmente a la excavación de las estancias perimetrales exteriores, donde se documentaron una serie de ofrendas que demostraban el carácter sacro del complejo (Celestino y Jiménez 1993; Celestino, 1996); la tercera y última fase de las excavaciones se desarrolló entre 1996 y 2001, y se destinó a exhumar los dos santuarios más antiguos que se conservaban bajo el que actualmente se puede visitar (Celestino, 1997, 2001a). Cuando se realizaban las excavaciones de las denominadas “capillas” perimetrales, se comprobó que todo el complejo arquitectónico estaba delimitado por una fuerte rampa de arcilla roja que no era sino el inicio de un gran foso excavado en la roca y que encintaba por completo la construcción, dejando sólo un pequeño espacio flanqueado por dos torres poligonales, para facilitar el acceso al santuario. Las dimensiones del foso, de casi 160 metros de perímetro, con una profundidad media de 2,5 m, y un ancho de 4 m, supuso un enorme esfuerzo que hubo que compaginar con los trabajos que se llevaban a cabo en el edificio principal, pero la documentación que se extrajo de su interior ha servido para interpretar con mayores garantías si cabe la funcionalidad de Cancho Roano, un lugar que estuvo destinado al culto desde los comienzos del siglo VI hasta el año 400 a.n.e. aproximadamente. A pesar de que la memoria de estas excavaciones aún no ha visto la luz, aunque se han publicado algunos avances (Celestino, 2001b), expondremos aquí una breve síntesis de estos trabajos con el fin de facilitar la comprensión de este espacio y ubicar los restos hallados en su interior, fundamentales para elaborar la hipótesis sobre el banquete público desarrollado en el lugar antes de su destrucción, llevada a cabo de forma sistemática y ritual en todo el espacio ocupado por el complejo sacro.

El foso que rodea el complejo arquitectónico de Cancho Roano está excavado en el nivel natural del terreno formado por roca granítica. Tiene planta cuadrada con una longitud de 52 m por cada lado, salvo por el lado oriental, donde se organiza la entrada del santuario, dividido en dos tramos de 23 m. El foso se integra en el conjunto monumental gracias a una pronunciada rampa realizada con un potente relleno y rematada por una gruesa capa de pirofilita roja que se adosa a la cimentación de las estancias perimetrales. Esta rampa roja se prolongaba hasta la base del foso, documentándose los sucesivos enlucidos a que fue sometido para mantener su estructura. Las rampas rojas se documentaron en los tramos Norte, Sur y Oeste, mientras que los tramos del Este fueron sustituidas por sendos lienzos de muralla de mampostería rematadas por dos torres que flanquean la entrada principal al patio, también enlucido de rojo, como la mayor parte de las habitaciones del santuario. Cada uno de los cuatro sectores del foso ofrece características propias marcadas por las diferencias en cuanto a la profundidad, anchura o perfil del mismo, así como por la presencia o ausencia de diques de contención, lo que determina que su fisonomía cambie sensiblemente en función del tramo que queramos examinar. Así, los sectores Norte, Oeste y Este tienen una sección cóncava con perfil en forma de “U”, si bien sus profundidades varían entre los 2,40 m del Oeste y el Sur y los 1,5 m del sector Este. La causa principal de estas diferencias en la cota de profundidad se debe a la topografía del terreno, inclinado hacia el Este

por la vaguada que conforma el cercano arroyo Cigancha, por lo que los sectores más alejados del río necesitan mayor profundidad para alcanzar el nivel del sector oriental. Por último, el sector Sur es el que ofrece la fisonomía más original, excavado con mayor profundidad y con un perfil en forma de “V” muy acusado (fig. 1 y lám. I).

El agua es uno de los argumentos esenciales para justificar la existencia de Cancho Roano en todas sus fases constructivas, de hecho, se ha podido documentar una parte del trazado del foso perteneciente a Cancho Roano “B”, modificado en su orientación y ampliado para acoger el último edificio; de igual forma, el pozo que se abre en el centro del patio fue realizado en la fase anterior, así como el enorme pozo que remata el foso por el sector oriental. El foso, por lo tanto, no tenía sólo un carácter defensivo o de prestigio, sino que uno de sus objetivos principales a la hora de excavarlo fue la búsqueda de manantiales y puntos de agua para asegurar el aprovisionamiento a lo largo de todo el recorrido; parece que el conocimiento por parte de sus moradores de una rica vena de agua que recorre la totalidad del yacimiento, fue una de las razones

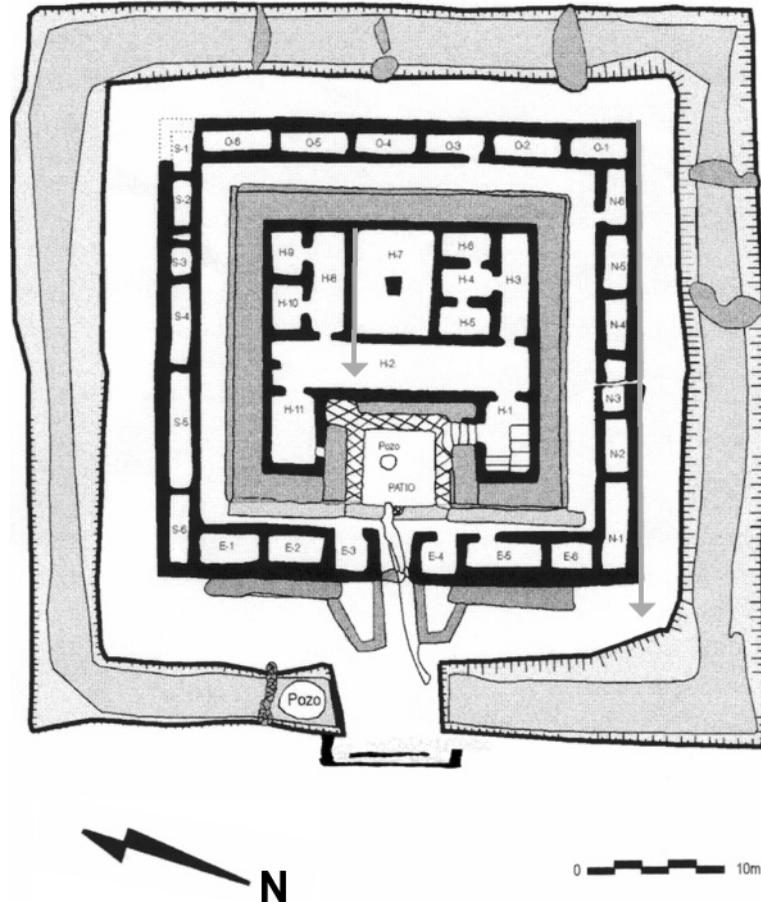


Fig. 1.—Planta del santuario “A” de Cancho Roano.

de peso para construir los sucesivos santuarios precisamente en este punto. Así, y en los diferentes tramos del foso, se han detectado varias fosas de diferentes tamaños cuyo objetivo era cortar esa vena y asegurarse así el aprovisionamiento continuo de agua en épocas de sequía. Hoy en día, tanto el pozo que remata el foso como esas fosas practicadas en el suelo siguen proporcionando abundante agua, lo que dificultó sobremedida los trabajos de excavación. Por último, y siempre en relación con el abastecimiento de agua del foso, se han hallado contrafuertes y diques aprovechando granito en las zonas más altas del foso, es decir, en los sectores Oeste y Norte, con la misión de regular tanto el empuje del agua hacia el sector oriental, como para acoger las avenidas de agua procedente de la terraza del edificio principal y de los pasillos perimetrales, jalonados por varios canales de desagüe que vierten directamente en el foso (lám. II).

Como es lógico, el foso sufriría una rápida colmatación de tierra y vegetación del entorno como consecuencia del viento y el agua, lo que obligaría a su continua limpieza, mientras que la capa de arcilla roja que lo cubría serviría para evitar el excesivo afloramiento vegetal en su interior. Este dato se antoja de suma importancia, pues junto a la homogeneidad de los materiales exhumados, confirma que la ingente cantidad de material cerámico y de huesos hallados pertenecen al último momento de la existencia del santuario, en relación directa con su destrucción ritual y las ceremonias celebradas en el entorno previo a su definitivo sellado.

El foso estaba totalmente colmatado, por lo que pasó desapercibido hasta su excavación como consecuencia de una ampliación en el sector Norte. El estudio estratigráfico de los diferentes rellenos que lo cubrían aportan una serie de datos de sumo interés para reconstruir el devenir de este amplio espacio. Aunque tras la destrucción del yacimiento se intentó tapar todo el complejo arquitectónico, lo que se logró tanto en el edificio principal como en las “capillas” perimetrales tras su incendio y derrumbe de los alzados de adobe, seguido de su cubrición por medio de una gruesa capa de tierra apisonada; sin embargo, la amplitud y profundidad del foso impidió su total amortización, quedando al descubierto un espacio de unos 0,80 m de profundidad que aparecieron totalmente colmatados de material romano procedente de un asentamiento rural situado a menos de 50 m de Cancho Roano, justo al otro lado del arroyo Cigancha, que aprovechó la enorme cavidad como vertedero, por lo que tan sólo se han documentado restos de grandes vasos de almacén rotos y otros elementos de desecho. Bajo este estrato de relleno romano apareció un depósito homogéneo a lo largo de todo el recorrido donde abundan las cenizas y los adobes, directamente relacionado con la destrucción de las construcciones más cercanas al área del foso, es decir, las construcciones perimetrales que se organizan en torno al edificio principal del santuario. La gran cantidad de carbones aparecidos entre los adobes no hacen sino avalar el incendio que precedió a la destrucción intencionada de todo el complejo, documentándose restos de vigas y otros elementos vegetales relacionados con la techumbre de esas estancias (láms. III y IV). Así mismo, entre estos restos constructivos producto de la destrucción de las “capillas” perimetrales, se documentaron una enorme cantidad de materiales procedentes de esos espacios, sobre todo en el sector Sur del foso, donde precisamente las estancias perimetrales aparecieron muy dañadas y apenas depararon restos en su excavación. Este potente estrato protohistórico ocupaba hasta 2 m de potencia en algunos puntos, pero

estaba separado del fondo del foso por un último estrato de no más de 0,40 cm donde se hallaron prácticamente enteros una serie de recipientes acompañados por una gran cantidad de restos faunísticos que llamaron la atención tanto por su posición anatómica, sobre el fondo del foso, como por su gran variedad y la ausencia, en el caso de los équidos, de sus cabezas, que aparecieron cortadas en otra zona alejada del foso. La mayor parte de estos restos se concentraban en el sector occidental del foso, lugar donde probablemente se organizarían los establos del santuario y donde se debió llevar a cabo el sacrificio final de los animales hallados en el foso. La reconstrucción de esos momentos finales son los que nos ayudan a interpretar la funcionalidad del complejo arquitectónico y el objetivo que nos hemos marcado en estas páginas.

La tipología del material procedente del estrato de destrucción del foso es amplia y variada, abarcando desde piezas de aspecto tosco y acabados poco depurados hasta ejemplares de calidad propios del interior del santuario, entre los que destaca el hallazgo de dos betilos de piedra, asadores, fibulas, platos “Margarita”, copas Cástulo, etc.; sin embargo, los materiales que se documentaron en el estrato inferior, sobre el suelo del foso, estaban protegidos por una capa de tierra y arcilla que los preservaron en un buen estado de conservación del potente estrato de destrucción: Estos materiales pertenecen en su mayor parte a grandes vasos de almacenamiento muy fragmentados pero no muy dispersos por el espacio, y sobre todo a platos, vasos y pequeños recipientes en general realizados a mano o bien de factura poco cuidada. Esta es la diferencia sustancial con el estrato superior y, por supuesto, con el del resto del santuario; en ningún caso se hallaron materiales metálicos, objetos de importación u otros de carácter suntuoso. Este hecho ha sido el que nos ha permitido distinguir dos espacios rituales bien diferenciados, uno en el interior del santuario, de carácter restringido y donde se utilizaron ricos materiales para el culto, y otro exterior abierto a la población del entorno que se concentraría a las puertas del santuario para celebrar la última ceremonia previa a la destrucción de todo el recinto. Por lo tanto, la explicación más lógica para entender esa enorme acumulación de recipientes hallados en el interior del foso, es que se realizó un ritual en el último momento, previo a la destrucción del edificio, que conllevó la movilización de un número significativo de individuos procedentes del entorno geográfico, además de suponer una importante labor de intendencia, lo que se desprende tanto de la gran acumulación de recipientes como de los restos de fauna hallada en el interior del foso (láms. V, VI y VII).

Todos los animales que aparecen en el interior del foso fueron sacrificados y consumidos en esa hecatombe final, al menos así lo atestigua el hecho de que todos presenten marcas de corte y de despiece. Pero como ya hemos señalado, son los caballos los que más han llamado nuestra atención por el ritual que se llevó a cabo tras su sacrificio, pues son los únicos que aparecen en posición anatómica sobre el fondo del foso del sector Oeste, mientras que sus cabezas fueron cortadas y arrojadas al fondo del foso del sector Sur, donde también se halló el cráneo de una joven que también debió ser sacrificada en el ritual.

Entre la fauna consumida destacan los corderos, de los que se han recogido restos pertenecientes a al menos catorce individuos, mientras que tan sólo se ha podido identificar una cabra. Las vacas suponen también un número importante, hasta diez reconocidas, mientras que el número de cerdos es muy escaso, tan sólo cuatro indivi-

duos. Las sierras que se levantan muy cerca y a espaldas de Cancho Roano debieron proporcionar los seis ciervos y el jabalí identificado. Pero sin duda llama poderosamente la atención el número de équidos sacrificados y hallados en el foso, un total de 17 individuos, de los que once pertenecen a caballos y seis a una especie de pequeños équidos de características muy singulares que los especialistas han denominado como burro tipo “Cancho Roano” por su pequeña alzada y su esbeltez, alejado tanto del pony como del burro común actual. Del exhaustivo análisis a que han sido sometidos los caballos se deduce que nunca fueron utilizados para tareas de monta, al menos de forma habitual, ni tampoco fueron utilizados para el tiro, lo que abre la posibilidad de interpretar su presencia como animales de parada para determinadas festividades, lo que justificaría sin duda la gran cantidad de arreos y atalajes de caballo hallados en el interior del santuario, entre los que destacan especialmente las camas laterales de bronce con representación de la *Potnia Theron* (Maluquer, 1981; Blech, 2003), convertidas en el símbolo del propio yacimiento. Llama sin embargo la atención el que estos caballos fueran igualmente consumidos, lo que no sabemos si se debe a una ingesta especial dentro del ritual o si eran animales de consumo alimenticio habitual (figs. 2 y 3).

El banquete comunal celebrado en los últimos momentos de la vida de Cancho Roano, cuya reconstrucción hemos intentado seguir gracias a los numerosos restos depositados en el foso, tiene numerosos paralelismos en otros yacimientos de la Península Ibérica, si bien casi todos pertenecen a un momento inmediatamente posterior y se ubican en el entorno del suroeste peninsular; es precisamente la presencia del foso lo que le otorga una singularidad que lo acerca a otros lugares del centro de Europa. En efecto, en el mundo céltico de la Europa Central existe cierta tradición bibliográfica que, desde los años 60 del pasado siglo, relaciona los banquetes comunales con los recintos cerrados cuyas estructuras se disponen en torno a un foso, son los llamados “viereckschanzen”. Esta vinculación está originada, en parte, por los testimonios literarios que mencionan cómo los príncipes celtas erigían excepcionalmente espacios delimitados por fosos cuadrangulares con motivo de la celebración de determinadas festividades. Los textos han encontrado un apoyo arqueológico con el hallazgo de yacimientos como el de Libenice en Bohemia (Rybova y Soudsky, 1962) en el que una gran fosa delimita un espacio de unas 10 hectáreas en el que se acumulan gran cantidad de restos óseos y cerámicos. Pero la interpretación de estos recintos centroeuropeos como espacios destinados a la celebración de banquetes está siendo cuestionada en los últimos años, sobre todo a partir de los novedosos criterios esgrimidos para reconocer en estos espacios actividades de consumo comunitario (Poux, 2000:219).

Sin embargo, los indicios de banquetes comunales registrados en los fosos que rodean varios recintos culturales del mundo galo son hasta el momento irrefutables. Son de especial interés algunos santuarios del NE de Francia por presentar unas características muy similares a las de Cancho Roano, pues sus fosos, excavados en la roca caliza, sirven también para delimitar un espacio interpretado como ritual (Brunaux, 2000). En el interior de estos fosos fueron depositados los desechos de comidas procedentes de los banquetes comunales, en algunos casos coincidente cronológicamente con momentos de clausura o de transformación de Cancho Roano. En estos casos la adscripción de estos restos a grandes banquetes se ha realizado en función de algunos parámetros

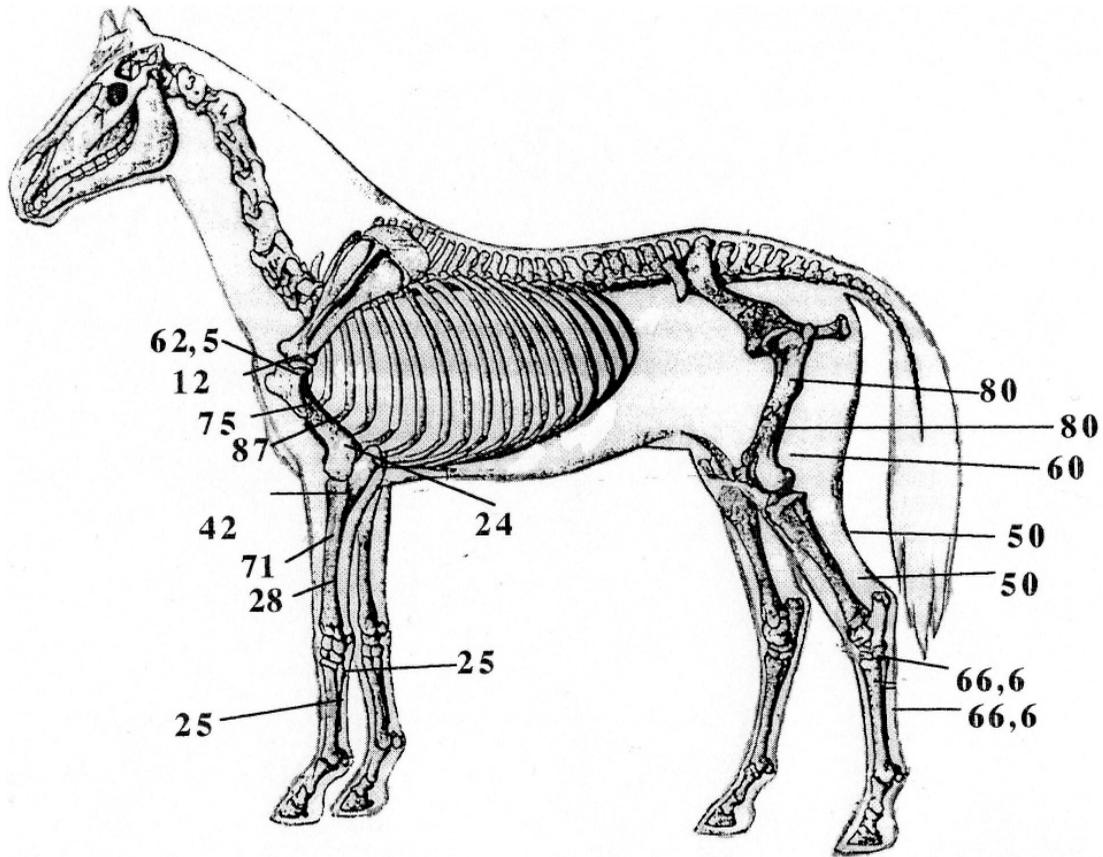


Fig. 2.—Marcas de corte en uno de los “burros” de Cancho Roano (según Domínguez Rodrigo).

que se encuentran también en el santuario de Cancho Roano; así, se da la circunstancia de que los depósitos documentados fueron realizados de una sola vez, o al menos cuando el foso había sido limpiado de los restos de un banquete anterior; también se ha podido atestiguar cómo todos los restos depositados fueron inmediatamente sellados antes de la amortización final; y por último, tras el estudio de los restos de la fauna consumida, se ha podido identificar una serie de patrones de deposición claramente diferenciados de los desechos domésticos, tanto por la cantidad como por la calidad de los trozos de carne consumidos (Méniel, 2001:64). Este es precisamente el caso de los vestigios que aparecen en el foso situado en torno al complejo de Montmartin, en Oise, al Noreste de Francia, en cuyos niveles superiores, coincidiendo con el momento de la destrucción violenta del enclave, se halló un conjunto de restos cerámicos, metálicos y, sobre todo, faunísticos que testimonian el consumo masivo de carne en los instantes finales de su ocupación (Brunaux y Méniel, 1997) (fig. 4). De igual modo, los restos procedentes del foso del santuario galo de Fesques, en Seine-Maritime, han permitido interpretar el lugar como un espacio sacro en el que se habrían celebrado banquetes de

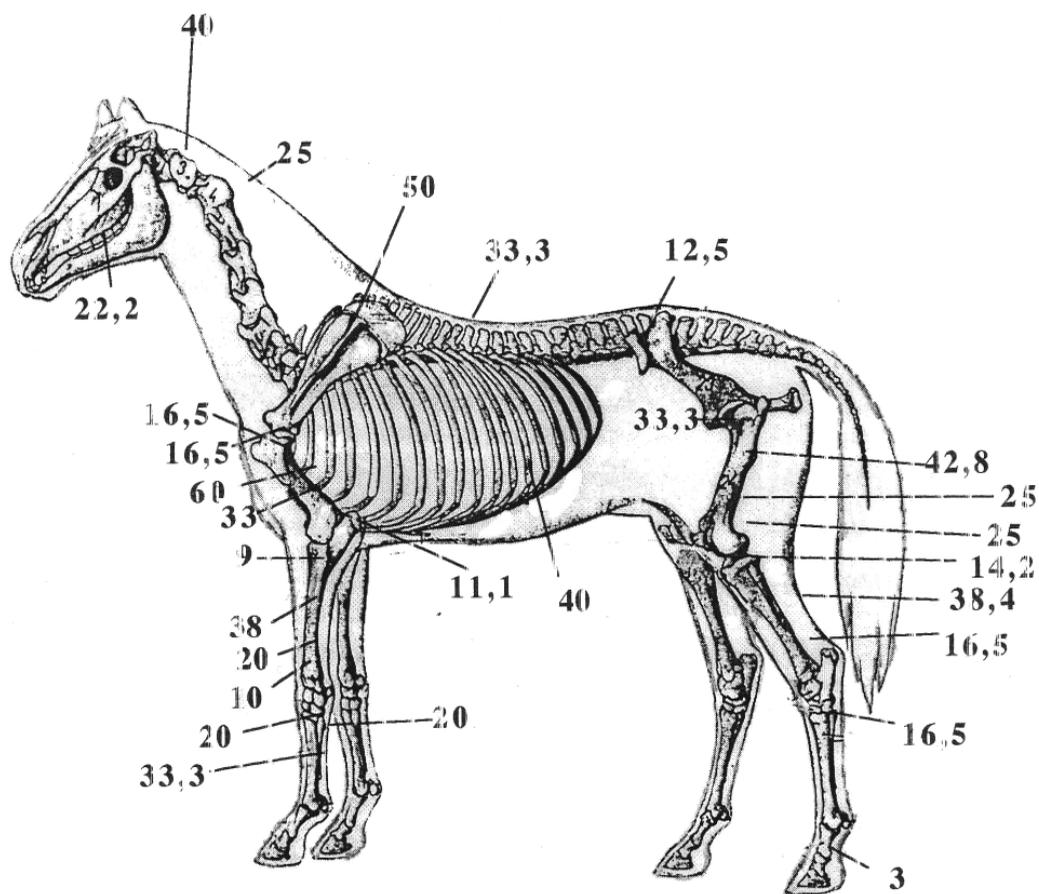


Fig. 3.—Marcas de corte en uno de los caballos de cancho Roano (según Domínguez Rodrigo).

naturaleza similar (Mantel *et al.*, 1997:53; Brunaux y Malagoli, 2003:18). Por último, cabe destacar el santuario de Ribemont-sur-Ancre (Cadoux y Lancelin, 1987; Cadoux, 1991), donde se documentó un nivel constituido por una abundante cantidad de huesos de animales, mayoritariamente de cerdo, y varios fragmentos de ánforas vinarias itálicas. Estos restos, interpretados como desechos procedentes del consumo comunal (Méniel, 1991), estaban dispuestos inmediatamente encima del relleno final que colmaba el foso más externo del conjunto. Por su posición y naturaleza, los vestigios se han podido interpretar como procedentes de un banquete posiblemente relacionado con la clausura del santuario galo (Brunaux *et al.*, 1999:211) (fig. 5 y lám. VIII).

La cronología de estos fosos, o al menos la de los depósitos documentados en su interior, se establece en torno a la Segunda Edad del Hierro, pero los banquetes comunales que se testimonian a través de esos restos exhumados en ellos, parecen responder a una tradición anterior documentada ya en contextos de hábitat desde las

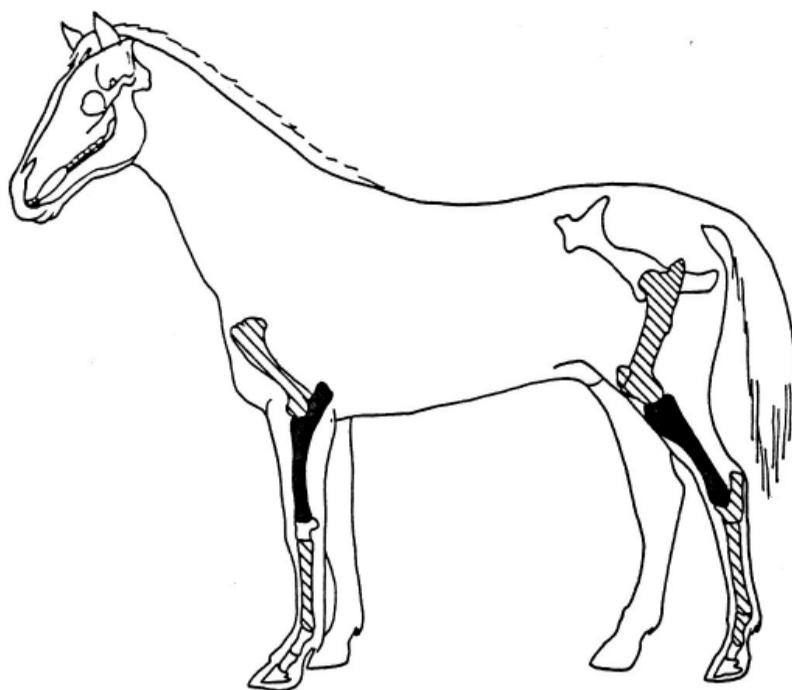


Fig. 5.—Distribución anatómica de los huesos de caballo hallados en la fosa de Ribemont-sur-Ancre (según Méniel, 1991).

fases iniciales de La Tène. En efecto, en la Galia septentrional varios recintos domésticos con depósitos de tipo fosa y datados en fechas más próximas a las de Cancho Roano, han proporcionado conjuntos óseos de características diferenciadas a aquellos restos que proceden de los basureros domésticos. Destacan, por ejemplo, el depósito de conchas de la isla de Ouessant, las fosas con restos de caballos de Compiègne, o la fosa de Verberie, que contenía los huesos de tres bóvidos y cuatro caballos, además de algunos ciervos (Méniel, 2001:65-68) (lám. IX).

En la Península Ibérica no se han documentado fosos en el entorno de lugares de culto en la Segunda Edad del Hierro, sin embargo, sí conocemos algunos depósitos del suroeste donde se han identificado espacios rituales datados a partir del siglo IV a.n.e., donde los restos de los animales consumidos en banquetes comunitarios fueron depositados en *favissas* o espacios abiertos posteriormente amortizados. Tal vez los casos más conocidos son los de Capote y Garvão. El mejor estudiado es el de Capote, en Higuera la Real, Badajoz, donde en un contexto del siglo IV a.n.e. se hallaron los restos de un gran banquete en el que se sacrificaron y desmembraron más de una veintena de cuadrúpedos, cuyos restos, junto a la numerosa vajilla utilizada, fueron amortizados mediante su soterramiento, convirtiéndose en un lugar sagrado sobre el que no volvió a construirse posteriormente. Los restos aparecieron dispersos en un amplio espacio exterior junto a un ámbito protagonizado por un altar central y un banco co-

rrido donde se debió llevar a cabo la parte central del banquete (Berrocal, 1994:47 ss; 2006:108). Otro depósito de gran importancia es el que apareció en Garvão, al sur del Alentejo portugués y muy cerca del Castrejón de Capote. En este caso el enorme depósito rellenaba completamente una *favissa* de 10 m de longitud, lo que da una idea de la importancia de los restos exhumados; la presencia de restos de animales era muy significativa, aunque carecemos de análisis faunísticos que nos permitan determinar las especies dominantes, sin embargo llama la atención el hallazgo de un cráneo femenino entre sus restos (Fernández, 1986:78; Antunes y Cunha, 1986:84), lo que nos acerca a un ritual que ya se había documentado en el foso de Cancho Roano y que tampoco parece ajeno al mundo ibérico, pues también se hallaron restos de un cráneo humano en el depósito de El Amarejo (Broncano, 1989:62-3). Un aspecto sobre el que no se ha hecho especial hincapié es el relativo a los tipos cerámicos hallados, que si bien en su mayor parte pertenecen a producciones indígenas realizadas a mano aunque profusamente decoradas, no podemos obviar la significativa presencia de escudillas y otras piezas pintadas de evidentes analogías formales con las producciones turdetanas (Beirao *et al.*, 1985:62, 1987:217) (figs. 6 y 7).

Aunque en Capote no se identificaron exvotos, son de gran relevancia los hallados en Garvão, especialmente la docena de placas de plata y oro de ojos repujados muy semejantes a los hallados en el santuario de la Algaida y en Alhonor. En el santuario de la Algaida, datado a partir del siglo VI a.n.e. y situado en Sanlúcar de Barrameda, Cádiz (Corzo, 1991), se halló un área sacra de 25 m² donde se encontró un abundante y variado material votivo; el patio descubierto del recinto, donde se practicó un pozo lustral, estaba rodeado por una serie de estancias donde se habrían depositado las ofrendas del santuario; anejo a este espacio apareció un edificio tripartito con una gran cantidad de cenizas y huesos de animales, así como fragmentos de grandes vasos, que aún está pendiente de su definitiva interpretación. Destaca el hallazgo de dos pies de bronce pertenecientes a un *smiting god* y una placa oculada de plata de las mismas características de las halladas en Garvão. El lugar ha sido identificado por su excavador como el santuario de la *Lux Dubia*, dedicado a Astarté, una diosa a la que también los arqueólogos portugueses recurren para interpretar el ritual desarrollado en Garvão, mientras que Berrocal opta por atribuir el culto de estos lugares prerromanos a la diosa indígena Ataecina, una divinidad cuyo sincretismo deriva de Astarté/Tanit (Berrocal, 2006:112), y que ya fue señalado por Maluquer para justificar la advocación en el santuario de Cancho Roano (Maluquer, 1981). Por último, en el *oppidum* de Alhonor se excavó un edificio de 375 m² junto al que se halló una *favissa* con numerosos huesos y materiales orientalizantes entre los que destacan un *smiting good*, un *thimaterium* de tipo chipriota y una placa oculada de plata como las mencionadas en Garvão y La Algaida, lo que unido a las palomas que decoran el quemaperfumes parece vincular el santuario una vez más a la diosa Astarté (López, 1981:187).

El banquete llevado a cabo en el último momento de Cancho Roano tiene pues ciertos paralelos con el mundo céltico en cuanto a la utilización del foso para depositar los restos del banquete y su posterior amortización; sin embargo, debemos tener en cuenta que la mayor parte de estos rituales, principalmente galos, se llevaron a cabo a partir precisamente del siglo V, cuando ya se había extinguido la cultura orientalizante del suroeste peninsular. En el caso peninsular, parece más lógico pensar que los

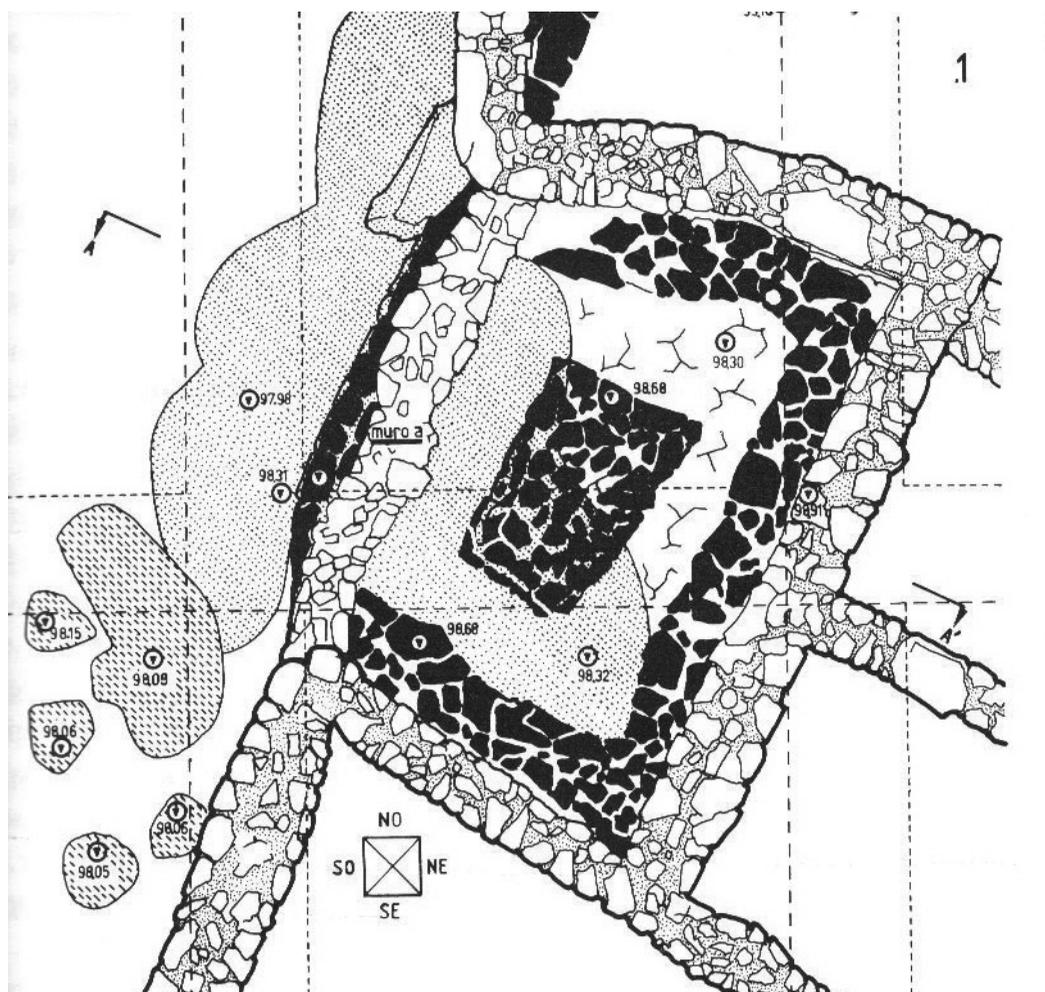


Fig. 6.—Planta del Altar del castro del Castrejón de Capote (según L. Berrocal).

rituales que se llevan a cabo en Capote o Garvão tengan una raíz indígena derivada del periodo tartésico anterior, y no que se trate de un ritual introducido por los nuevos pobladores de la denominada beturia céltica.

La particularidad de Cancho Roano es que además de facilitar una rica documentación sobre la celebración de un gran banquete comunitario en el exterior del edificio, también ha proporcionado un vasto elenco de materiales en el interior del santuario que nos remiten igualmente a la práctica de actividades de comensalidad. El yacimiento ha permitido documentar tal variedad de utensilios que es posible seguir el proceso que iría desde el almacenaje de los productos hasta su consumo final, pasando por la manipulación y la preparación de los alimentos. Sin embargo, y gracias fundamentalmente a los numerosos objetos de importación hallados en las habitaciones principales del monumento, llama poderosamente la atención la importancia del consumo del vino

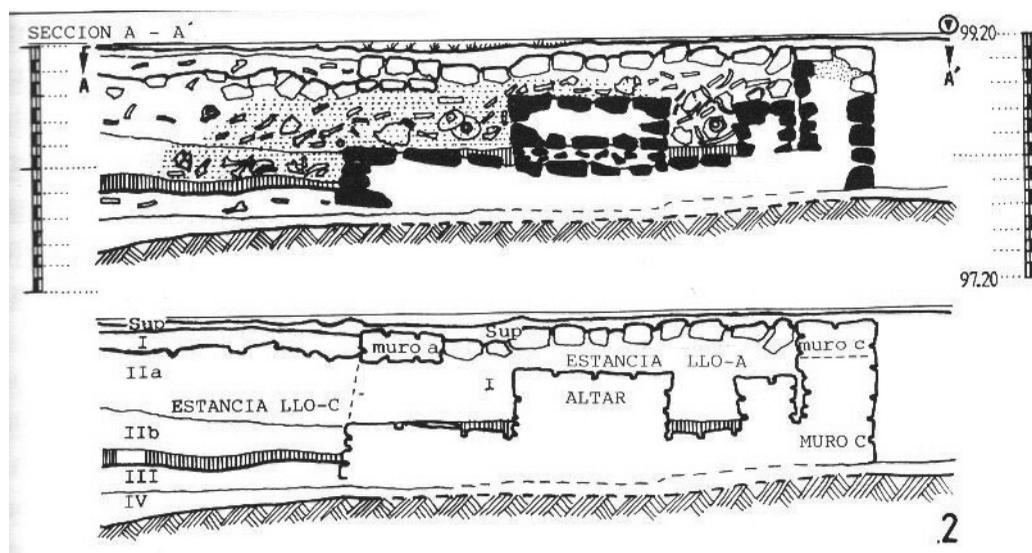


Fig. 7.—Sección del Altar de Capote (según L. Berrocal, 1994).

en esos rituales. No se trataría de un *simposium* al modo griego o etrusco, sino que los objetos importados estarían destinados al consumo del vino en comunión con el consumo de carne, tratándose por lo tanto de verdaderos banquetes rituales que en nada tendrían que ver con la carga social que requirieron los *simposia* en el mundo clásico. Existe una vajilla específica que incluye desde las ánforas vinarias, repartidas por todo el yacimiento, en especial en H-9 y H-10 (Maluquer *et al.*, 1986), hasta recipientes de gran tamaño que imitan cráteras griegas, dos *infundibula* y un colador directamente relacionados con el servicio del vino si atendemos a los paralelos conocidos en el mundo etrusco (Celestino y Zulueta, 2003:56-58). También remiten al consumo de vino de forma explícita la importante cantidad de recipientes de cerámica ática que se han encontrado en el santuario. (Gracia, 2003) (figs. 8 y 9 y lám. X).

En los espacios H-8, H-9 y H-10, se exhumaron un significativo número de ánforas de tipo púnico donde se almacenaban productos como cereales, habas, bellotas, miel, aceite, almendras y piñones (Maluquer *et al.*, 1986:231-22). Pero no menos importante son las ánforas que contenían aceite y vino, o al menos eso se deduce de las analizadas en las ofrendas que aparecieron depositadas en las “capillas” perimetrales. Otro tipo de alimentos como la miel o la leche, estarían también en el santuario si atendemos a la presencia de algunos ejemplares de ollas de asa de cesta que aparecieron en el foso y en las capillas del lado Oeste, y que podrían relacionarse con contenedores de estos productos específicos (Zulueta, e.p.).

La manipulación para elaborar distintos alimentos está bien atestiguada gracias a las numerosas vasijas de cerámica de cocina. La tipología formal de estos materiales, localizados tanto en el foso como en el interior del edificio, incluye ollas, morteros, fuentes y grandes platos, algunos con marcas de una prolongada exposición al fuego (Celestino *et al.*, 1996; Zulueta, e.p.). Por otro lado, entre los recipientes de uso culinario, hay que llamar la atención sobre la presencia en el edificio de al menos cuatro

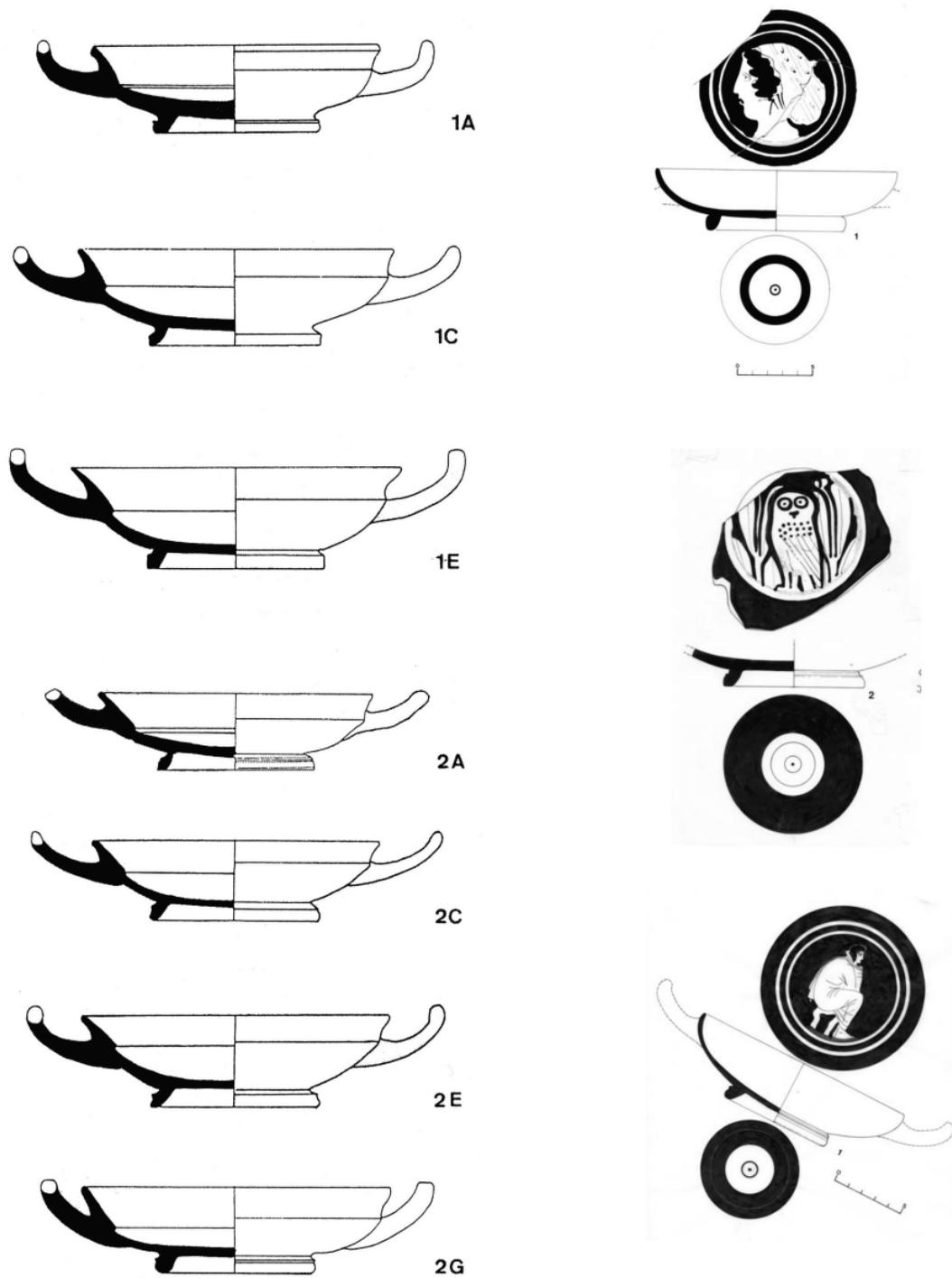


Fig. 8.—Tipología parcial de las copas áticas procedentes del interior del santuario de Canho Roano (según F. Gracia, 2003).

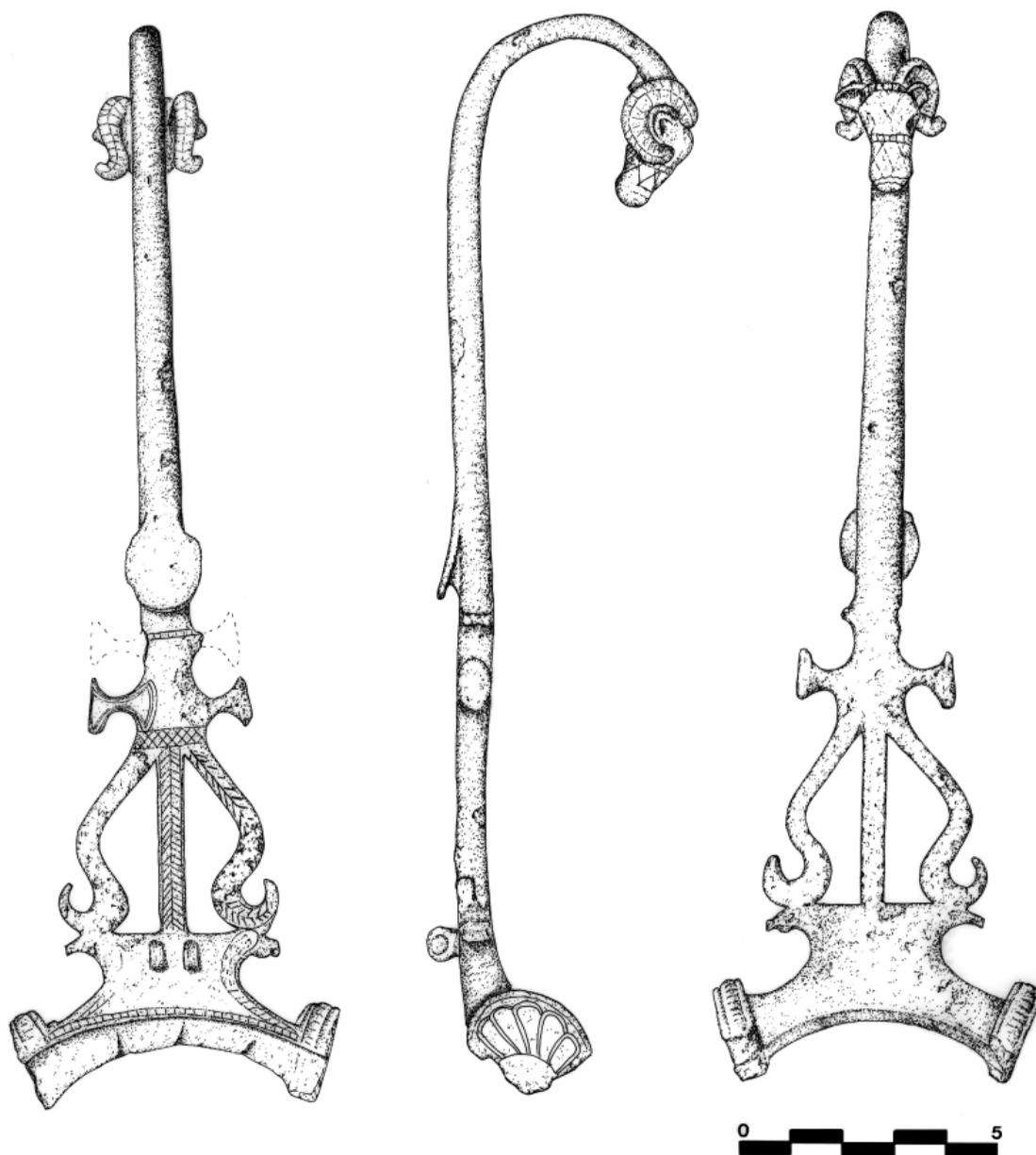


Fig. 9.—*Infundibulum* o cazo para servir vino hallado en el interior del santuario de Cancho Roano.

ejemplares de calderos de bronce que aparecieron totalmente aplastados en los espacios donde se documentaron los jarros y *breserillos*. Estos recipientes también estaban asociados a otros objetos de clara funcionalidad culinaria, caso de los *obeloi* o ganchos de carne, bien documentados tanto en el Mediterráneo como en la fachada atlántica en contextos rituales de ceremonias de consumo de carne (Delibes *et al.*, 1992-93:424-25;

Lucas *et al.*, en prensa; Armada, 2005). Resulta especialmente interesante destacar la presencia de uno de estos ejemplares aparecido junto a un hogar en la habitación H-2 de Cancho Roano, el pasillo distribuidor de los diferentes ámbitos del santuario, junto a varios huesos de ovicáprido y un asador que tenía, además, varias semillas de cebada adheridas a algunas de sus láminas (Celestino y Zulueta, 2003:33).

Tanto los calderos como el resto de los recipientes destinados al cocinado de alimentos se colocarían en el fuego sobre algún tipo de soporte. En este sentido, se puede señalar que en el patio de Cancho Roano se recogió un supuesto trípode de hierro que consta de un fragmento de aro de sección cuadrada, del que sale un vástago de 15 cm de altura interpretado como un pie y que ha permitido apuntar la posible función de este elemento como un trébede (Kurtz, 2003:304-35).

Pero sin duda, en relación con el proceso de transformación de alimentos en Cancho Roano, han sido los molinos de mano los que han llamado la atención tanto por su cantidad, casi ochenta unidades de diferentes tamaños, como por su concentración en el patio del complejo arquitectónico, lo que parece demostrar una actividad restringida al propio santuario. En efecto, la mayor parte de estos molinos estaban agrupados en el patio oriental del edificio (Maluquer *et al.*, 1987), una concentración que alude a la manipulación de amplias cantidades de alimentos, quizá en relación con la elaboración de panes o tortas para abastecer las exigencias de determinadas fiestas o concentraciones en torno al santuario (Celestino, 1997:369, 2001:49). El almacenamiento masivo en el patio antes de la clausura del edificio puede deberse, precisamente, a las necesidades creadas por el banquete celebrado en los últimos momentos del santuario. No es extraño que fuera necesaria la fabricación de alimentos para acompañar el masivo consumo de carne. Por otra parte, la harina es un elemento habitual en el desarrollo de los rituales de sacrificio como los que, con toda probabilidad, antecederían el momento del banquete final. Es conocido, por ejemplo, cómo en el mundo grecolatino es frecuente que las ofrendas de panes acompañen la consagración de una víctima (Burkert, 1983:6), o cómo los muslos del animal que se ha sacrificado se cubre con una pasta de harina (*thûlemata*) antes de ser asados en el altar (Bruit Zaidman, 2005:34).

Con el consumo de carne se relacionan otras herramientas que también están presentes en el santuario. Nos referimos a los cuchillos afalcatados y, sobre todo, a los asadores. Es muy posible que entre el amplio repertorio de cuchillos que se han recuperado en Cancho Roano, algunos hubieran sido utilizados en tareas culinarias y en especial, en actividades de carnicería. Tanto los restos de fauna localizados en el interior del recinto, como, sobre todo, el enorme conjunto de huesos depositados en el foso, han proporcionado indicios claros de procesos de manipulación carnicera en los que son patentes las marcas de corte relacionadas con el descarnado. Al mismo tiempo, en estas marcas se ha podido establecer que las herramientas con las que se realizaron eran de tipo metálico (IF, 26), como son los cuchillos de hierro registrados en el edificio. En este sentido, resultan especialmente relevantes los ejemplares de cuchillos afalcatados aparecidos en las capillas perimetrales, más numerosos en el sector Norte, y que estaban asociados a otros elementos que aluden al consumo de alimentos. Al menos tres de estos cuchillos, D.1391, D.1392/2 y D.1393/1 (Kurtz, 2003) se encontraban en la habitación N-6. Esta “capilla” es de especial importancia por cuanto es una de las que mejor se conservaban a pesar del incendio a que fue sometido el espacio

y el posterior derrumbe de sus alzados de adobe, que no obstante a penas afectó al conjunto ofrendado gracias a la construcción de un muro de protección, por lo que se pudo documentar con bastante precisión; junto a ánforas con abundantes granos de cereal, se halló una cratera de imitación que contenía vino, así como una serie de ollas, platos y vasos donde se guardaban restos de comida. En el extremo de este espacio de algo más de cuatro metros de largo por dos de ancho, se halló una olla de cerámica indígena en el interior de la cual estaba repleto de huesos quemados de un ovicáprido, mientras que junto a la olla se exhumaron dos asadores de bronce (585 y 583) con los que se llevaría a cabo su asado y distribución (Celestino y Jiménez, 1993:40-63). Este espacio contenía, además, la asociación ya señalada en otras ocasiones de jarro y *braserillo*, posibles objetos rituales, y en los estratos superiores se hallaron algunos fragmentos de copas griegas. La misma asociación se repite en la habitación N5, donde se encontró un cuchillo especialmente bien conservado con mango de marfil, junto a un asador y numerosos recipientes cerámicos entre los que había un *kilyx* de barniz negro (*Ibidem*: 43-49). La asociación de la comida y la bebida en los banquetes rituales en el santuario parecen así perfectamente establecidas (lám. XI). En Cancho Roano se han identificado al menos catorce asadores o espetones cuya función principal estaría destinada al asado de la carne en el fuego y a su posterior distribución (Durand, 1986). La mayor parte de ellos están bien contextualizados, hallados bien concentrados en las “capillas” perimetrales o bien en el patio (Celestino y Zulueta, 2003:36-40).

Los banquetes que se documentan nítidamente en Cancho Roano son sin embargo difíciles de contrastar en el ámbito tartésico al que pertenece el yacimiento, aunque sea en su fase final. Los últimos descubrimientos en el santuario de El Carambolo (Fernández y Rodríguez, 2007) demuestran la indudable influencia del núcleo tartésico en el diseño del santuario extremeño, así como en los diferentes elementos estructurales de que constan, donde destaca especialmente el altar e forma de piel de toro extendida también documentado en otros santuarios tartésicos como el de *Caura*, en Coria del Río (Escacena, 2002). Sin embargo, el estado de conservación de estos yacimientos andaluces no nos permite reconstruir los rituales de clausura de sendos edificios, por lo que resulta complicado su estudio comparativo. No obstante, se ha dejado abierta la posibilidad de que existiera un foso que encintara todo el complejo arquitectónico de El Carambolo, si bien no se ha podido emprender su excavación. También se alude a la existencia de un foso que rodearía el edificio de La Mata de Campanario (Rodríguez *et al.*, 2004), muy cercano a Cancho Roano y con una estructura arquitectónica similar, si bien con una función muy distinta a la del santuario, ya que tanto la organización espacial de su espacio interior como los materiales documentados están más relacionados con el almacenamiento y la economía productiva que con la función especialmente religiosa de Cancho Roano.

Mayor interés muestra el yacimiento de Montemolín, situado sobre la cima de un cerro ocupado por un extenso poblado donde se identificaron cuatro edificios pertenecientes a dos complejos superpuestos integrados respectivamente por dos recintos independientes y arquitectónicamente exentos del resto del poblado (Bandera *et al.*, 1995; Bandera, 2002). Los edificios A y B son los más antiguos, datados entre los siglos VIII y principios del VII a.n.e., el C ocupa un espacio cronológico entre mediados del siglo VII y principios del VI, mientras que el D se data en torno al siglo VI. Este

último edificio ha sido interpretado por sus excavadores como un centro “sacrificial”, a la vez que ha dado la pauta para interpretar los anteriores como edificios de culto. Dentro de este edificio se halló un vasar de adobes y una estructura escalonada muy semejantes a las encontradas en la habitación principal de Cancho Roano “C”, que es simultáneo al monumento andaluz. Lo más interesante para el tema que aquí tratamos es que en el patio que antecede el edificio se localizaron hogares y una abundante vajilla realizada a mano que fueron rotas intencionadamente tras su uso, donde destacan vasos *à chardon*, platos, ollitas, cuencos, etc. En un pequeño vestíbulo del interior de hallaron unos *pithoi*, que han servido para identificar este espacio como un pequeño almacén donde se depositaban los objetos de culto. Por último, y junto al edificio, se localizó un pozo votivo en cuyo interior se extrajeron materiales de muy buena calidad. Este complejo arquitectónico ha sido definido recientemente como un lugar reglado para llevar a cabo sacrificios de animales, si bien con una función socio-económica (Bandera, 2002:142), pero tal magnitud de sacrificios documentados, así como la ingente cantidad de materiales cerámicos hallados en su entorno intencionadamente rotos, parece abogar más bien por un banquete comunitario como el expuesto para Cancho Roano. Muy similar es también el caso de Cástulo, donde se hallaron grandes cantidades de huesos entre carbones, cenizas y recipientes rotos (Blázquez, 1999:153).

En Montemolín y Cástulo concurren algunas circunstancias que nos acercan al banquete comunitario de Cancho Roano, si bien el tiempo que transcurre entre ellos matiza considerablemente su ritual. A pesar de ello, el sacrificio de animales, siempre domésticos en el caso de los yacimientos andaluces sin rastro de caballos, la existencia de mesas de sacrificio, la rotura de la cerámica de factura más tosca, y el depósito protegido de los elementos más señeros, relaciona sendos yacimientos, si bien, el foso de cancho Roano se presenta como una novedad que posiblemente sustituye a las *favissas* de la época anterior. En realidad, todos estos rituales tienen un punto de unión que parece derivar de los rituales fenicios, tamizados por la cultura tartésica posterior, pero adaptándose a esa celebración festival a la que aludía Del Olmo (1995:160).

BIBLIOGRAFÍA

- ANTUNES, M.T. y CUNHA, A.S. (1986): “O crâneo de Garvão (século III a.C.): causa mortis, tentativa de interpretação”, *Trabalhos de Arqueologia do Sul* 1, pp. 79-86.
- ARMADA, X.L. (2005): “Asadores de la Península Ibérica y cuestión orientalizante: un ensayo de síntesis”, *El Periodo Orientalizante* (Celestino, S. y Jiménez, J., eds.), Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV, pp. 1249-1267.
- BANDERA, M.^aL. (2002): “Rituales de origen oriental entre las comunidades tartesias: el sacrificio de animales”, *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica* (Ferrer, E., ed.), Spal Monografías II, pp. 141-158.
- BANDERA, M.^aL., CHAVES, F., FERRER, E. y BERNÁLDEZ, E. (1995): “El yacimiento tartésico de Montemolín”, *Tartessos. 25 años después. (1968-1993)*, Jerez de la Frontera, pp. 315-332.
- BERROCAL, L. (1994): *El Atar prerromano de Capote. Ensayo etnoarqueológico sobre un ritual céltico en el Suroeste peninsular*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- (2006): “Banquetes y rituales colectivos en el suroeste peninsular”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 30, pp. 105-119.
- BEIRAO, C., TAVARES, C., SOARES, J., GOMES, V. y GOMES, R. (1985): “Depósito votivo da II Idade do Ferro de Garvão. Noticia da primera campanha de escavações”, *O Arqueólogo Português* IV(3), pp. 45-135.
- (1987): “Un depósito votivo da II Idade do Ferro, no sul do Portugal, e a suas relações com as culturas da Meseta”, *Valeia* 2-3, pp. 207-221.
- BLÁZQUEZ, J.M.^a (1999): *Mitos, dioses y Héroes en el Mediterráneo antiguo*, Ed. Cátedra, Madrid.
- BLECH, M. (2003): “Elementos de atalaje de Cancho Roano”, *Cancho Roano IX. Los Materiales arqueológicos II* (Celestino, S., ed.), CSIC, Mérida, pp. 157-192.
- BRONCAZO, S. (1989): *El depósito votivo ibérico de El Amarejo. Bonete (Albacete)*, Ministerio de Cultura, Madrid.
- BRUIT ZAIDMAN, L. (2005): “Offrandes et nourritures: repas des dieux et repas des hommes en Grèce ancienne”, *La cuisine et l'autel. Les sacrifices en questions dans les sociétés de la Méditerranée ancienne* (Georgoudi, S., Koch, R., y Piettre, F., eds.), Turnhout, pp. 31-46.
- BRUNAU, J.-L. (2000): *Les religions gauloises. Nouvelles approches sur les rituels celtiques de la Gaule indépendante*, Errance, Paris.
- BRUNAU, J.-L., AMANDRY, M., BROUQUIER-REDDÉ, V., DELESTRÉE, L.P., DUDAY, H., FERCOQ DU LESLAY, G., LEJARS, T., MARCHAND, C., MÉNIEL, P., PETIT, B. y ROGÉRÉ, B. (1999): “Ribemont-sur-Ancre (Somme). Bilan préliminaire et nouvelles hypothèses”, *Gallia* 56, pp. 177-283.
- BRUNAU, J.-L. y MALAGOLI, C. (2003): “La France du Nord (Champagne-Ardenne, Île-de-France, Nord, Basse-Normandie, Haute-Normandie, Pas-de-Calais, Picardie)”, *Gallia* 60, pp. 9-73.
- BRUNAU, J.-L. y MÉNIEL, P. (1997): *La résidence aristocratique de Montmartin (Oise) du III au II s. av. J.-C.* (vol. 64), Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, Paris.
- BURKERT, W. (1983): *Homo necans. The Anthropology of Ancient Greek Sacrificial Ritual and Myth*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles-Londres.
- CADOUX, J.L. (1991): “Organisation spatiale et chronologie du sanctuaire de Ribemont-sur-Ancre (Somme)”, *Les sanctuaires celtiques et le monde méditerranéen*, Actes du colloque de St-Riquier (8 au 11 Novembre 1990) organisés par la direction des Antiquités de Picardie et l'UMR 126 du CNRS (Brunaux, J.L., ed.), Editions Errante, Paris, pp. 156-163.
- CADOUX, J.L. y LANCELIN, P. (1987): “L'ossuaire de Ribemont-sur-Ancre (Somme)”, *Anthropozoologica*, numéro spécial, pp. 91-96.
- CELESTINO, S. (1997): “Santuarios, centros comerciales y paisajes sacros”, *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico*, Cuadern de Prehistòria i Arqueologia de Castelló 18, pp. 359-390.
- (2001a): “Los santuarios de Cancho Roano. Del Indigenismo al Orientalismo Arquitectónico”, *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica* (Ruiz Mata D. y Celestino, S., eds.), Madrid, pp. 17-56.
- (2001b): *Cancho Roano*, Madrid.
- CELESTINO, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (1993): *El palacio-santuario de Cancho Roano IV. El Sector Norte*, Serie Arqueológica 1, Badajoz.
- CELESTINO, S., JIMÉNEZ, J., MARTÍN, A., HERNÁNDEZ, A. y PAVÓN, I. (1996): *El palacio-santuario de Cancho Roano VI. Los sectores Oeste, Sur y Este*, Serie Arqueológica 3-1; 3-2 y 3-3 (Celestino, S., ed.), Museo Arqueológico de Badajoz.

- CELESTINO, S. y ZULUETA, P. (2003): “Los bronces de cancho Roano”, *Cancho Roano IX. Los Materiales arqueológicos II* (Celestino, S., ed.), CSIC, Mérida, pp. 9-124.
- CORZO, R. (1991): “Piezas etruscas del santuario de la Algaida (Sanlúcar de Barrameda. Cádiz)”, *La presencia del material etrusco en la Península Ibérica* (Remesal, J. y Musso, O., eds.), Barcelona, pp. 399-411.
- DELIBES, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J. y CELIS, J. (1993): “Nuevos ganchos de carne protohistóricos de la Península Ibérica”, *Tabona VIII*(2), pp. 417-434.
- DURAND, J.L. (1986): *Sacrifice et labour en Grèce ancienne. Essai d'anthropologie religieuse*, Éditions La Découverte, École Française de Rome, Paris-Rome.
- ESCACENA, J.L. (2002): “Dioses, toros y altares. Un templo para Baal en la antigua desembocadura del Guadalquivir”, *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica* (Ferrer, E., ed.), Spal Monografías II, pp. 33-75.
- FERNÁNDES, T.M. (1986): “O crâneo de Garvão (século III a.C.): análise antropológica”, *Trabalhos de Arqueologia do Sul* 1, pp. 75-78.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007): *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*, Ed. Almuzara, Córdoba.
- GRACIA, F. (2003): “Las cerámicas áticas del palacio-santuario de Cancho Roano”, *Cancho Roano IX. Los Materiales arqueológicos I* (Celestino, S., ed.), CSIC, Mérida, pp. 23-194.
- KURTZ, G. (2003): “Los hierros de cancho Roano”, *Cancho Roano IX. Los Materiales arqueológicos I* (Celestino, S., ed.), CSIC, Mérida, pp. 293-366.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1981): *El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz). 1978-1981*, Programa de Investigaciones Protohistóricas IV, CSIC, Barcelona.
- LÓPEZ PALOMO, L.A. (1981): “Alhnoz (excavaciones 1973-1987)”, *Noticario Arqueológico Hispánico* 11, pp. 33-188
- LUCAS, R., BLACO, M.C., ROVIRA, S., BARRIO, J., GUTIÉRREZ, C. y PARDO, A. (en prensa): “Instrumental relacionado con el fuego y el banquete”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1983): *El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz). 1981-1983*, Programa de Investigaciones Protohistóricas V, CSIC, Barcelona.
- MALUQUER DE MOTES, J., CELESTINO, S., GRACIA, F. y MUNILLA, G. (1986): *El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz) 1983-1986*, Programa de Investigaciones Protohistóricas XVII, CSIC, Barcelona.
- MANTEL, S., BARBET, P., CANNY, D., DELESTRÉE, L.P., DEVILLARES, S., DILLY, G., THUET-DUBOIS, A., DUBOIS, S., GUILLOT, H., LEPERT, C., MANTEL, E., MÉNIEL, P., MAHÉO, N., MERLEAU, M.L., MILLE, B. y MOESGAARD, Y-C. (1997): *Le sanctuaire de Fesques «Le Mont du Val aux Moines» (Seine Maritime)*, Centre de Recherches Archéologiques et de Diffusion Culturelle, Berck-sur-Mer.
- MÉNIEL, P. (1991): “Les animaux dans les sanctuaires gaulois du Nord de la France”, *Les sanctuaires celtiques et le monde méditerranéen*, Actes du colloque de St-Riquier (8 au 11 Novembre 1990) organisés par la direction des Antiquités de Picardie et l'UMR 126 du CNRS (Brunaux, J.L., ed.), Dossiers de Protohistoire, Paris, pp. 257-267.
- (2001): *Les gaulois et les animaux. Elevage, repas et sacrifice*, Errance, Paris.
- OLMO LETE, G. del (1995): *Mitología y religión del Oriente Próximo I-II*, Barcelona.
- POUX, M. (2000): “Festins sacrés, ivresse collectives et cultes guerriers en Gaule Celtique. Traces littéraires, perspectives archéologiques”, *Rites et espaces sacrificiel en pays celte et méditerranéen. Étude comparée à partir du sanctuaire d'Acy-Romance (Ardennes, France)* (Verger, S., ed.), École Française de Rome, Rome, pp. 305-335.
- RYBOVÁ, A. y SOUDSKÝ, B. (1962): *Libenice. Sanctuaire celtique en Bohême centrale*, Československa Akademie Ved, Praha.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (ed.) (2004): *El edificio protohistórico de La Mata (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial* (2 vols), Universidad de Extremadura, Cáceres.
- ZULUETA, P. (e.p.): “Las cerámicas del foso”, *Cancho Roano X. El Foso*, Instituto de Arqueología-CSIC, Mérida.



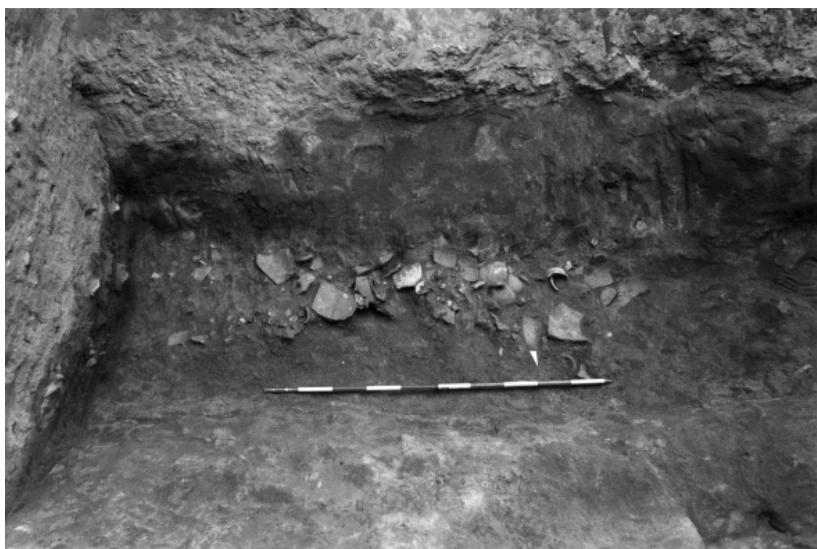
Lám. I.—Vista aérea de Cancho Roano.



Lám. II.—Vista del tramo Oeste del foso una vez excavado.



Lám. III.—Comienzo del nivel de relleno del tramo Oeste del foso. Estrato de relleno procedente del incendio y derrumbe de las “capillas” perimetrales.



Lám. IV.—Detalle de la excavación del derrumbe del tramo Oeste del foso.



Lám. V. Excavación del tramo Oeste del foso. Nivel sobre el suelo del foso producto del echado de materiales cerámicos y huesos del banquete final.



Lám. VI.—Detalle de los restos exhumados en el nivel sobre el suelo del foso en el tramo Oeste.



Lám. VII.—Planta de la excavación del tramo Oeste del foso de Cancho Roano.



Lám. VIII.—Depósito de huesos de animales consumidos de la fosa de Ribemont-sur-Ancre (según Méniel, 1991).



Lám. IX.—Concentración de conchas del depósito de Ouessant (según Méniel, 2001).



Lám. X.—*Infundibulum* o cazo para servir vino hallado en el interior del santuario de Cancho Roano.



Lám. XI.—Ofrenda de la “capilla” perimetral N-6 de Cancho Roano. En primer término aparece la olla que contenía los restos de un ovicáprido con los dos asadores.

